

Señor Villagrasa: Muy Señor mio:

Como recordará usted, pues en anteriores veces le he escrito, yo soy el señor que enviaba a usted aquellos estudios que los señores de UMMO le mandaban. Como ha pasado mucho tiempo, ya ignoro si usted ha olvidado el asunto y ha llegado a creer que todo aquello fue una mentira o algo relacionado con un espionaje o algo parecido. Si es así, es mejor que no me haga caso y rompa esta carta, pues yo, si me he dirigido a usted, es porque, no atreviéndome a entrevistarme todavía, me he decidido a escribir esta carta-circular-Nº 1.328 a aquellas personas, de entre la lista que yo tengo, que son ingenieros o licenciados, y que son los únicos que pueden estar interesados y entender este asunto. El caso es que ya va a hacer el mes que viene un año que no veo a estos señores, y que, después de esta ausencia real o no real, yo he descubierto algunas cosas más relativas a esta cuestión, y quiero que sepan ustedes cuál es mi opinión ahora. Claro, que usted dirá que el asunto es demasiado grave para que mi pobre opinión sirva de algo, pero también es verdad que yo me encuentro entre la espada y la pared, y sigo sin saber qué hacer. Claro es que la tentación que me da de olvidar este asunto, que me está produciendo más malestar que otra cosa, es muy grande, y mi señora opina así, pero aun siendo más cómodo a la larga, puede ser peor. Iré pues por partes. Usted sabe que el último día de Mayo del año pasado ¹⁻⁶⁻⁶⁷ ellos ⁵⁻¹⁻⁶⁷ se marcharon casi sin despedirse. Debieron, por lo que se, venir varios del extranjero, e incluso me consta que estuvo la Jefa de ellos aquí, sencillamente porque estuvo parando en mi mismo domicilio. Pero aquí viene en primer lugar el por qué de mis dudas sobre lo que debo hacer. Ellos me habían estado, hasta algunos días antes, dictando muchos documentos. El que más venía era el señor "DEI-98". Se sentaba en el comedor conmigo, e iba dictándome muy despacio, pues yo en realidad no corro mucho con la maquina. Me decía el espacio que había que dejar para fórmulas o para sus dibujos. Luego leía los folios, y tachaba algunas veces párrafos enteros. Me había hecho comprar una caja de lápices de colores, que aún conservo, y luego se sentaba él o su compañero, y empezaba a dibujar. Se le daba el dibujo a él, y al señor "DAA-3", maravillosamente. Casi nunca usaban regla, y los aparatos que dibujaban los hacían con una rapidez muy grande. Luego me dejaban en una carpeta los papeles, y me anotaban en una agenda ^{Nº 1.330} la fecha en que debía enviarlos, y a quién. Hacía yo dos copias, pues así se lo pedía yo desde que tuve más confianza con ellos. Y además, cuando estaba terminado, con los dibujos, sacaban como una pastillita de metal, y poniendo el folio sobre la mesa, bien sujeto, lo fotografiaban.

Cuando faltaban a lo mejor dos o tres días que tenían que venir de nuevo, a dictar para la fecha en que debía llevar al buzón las cartas y documentos, volvían a releer las páginas y sacaban como un dedil que se ponían en el dedo, y yo les dejaba un tampón para poner el sello de ellos. Entonces se cerraba el sobre para mandarlo. Pero muchas veces cambiaban de opinión, y mandaban que tachase en la agenda el envío. De ese modo yo tengo en mi poder varias cartas y estudios que no se llegaron a enviar, unas veces según se porque el señor a quien escribía decía claramente que no le interesaba, otras porque se marchaba al extranjero, y otras no me decían por qué, aunque yo no soy tonto y me lo imagino. Así es que, cuando se fueron aquel día, a mí me quedaron una serie de cosas, entre las que hay unos páquetitos con unos minerales, y unos documentos con estudios más que ellos me habían fijado fecha en la agenda para remitirlos. Pero por otra parte siempre me habían dado instrucciones para que, si no confirmaban días antes que se enviaran, no debía hacerlo, y ahí está el asunto. De pronto se marcharon casi sin despedirse y dejándome hojas y hojas con sus direcciones, y si bien en algunos casos ya me habían dado órdenes de remitirlas seguro, y otras sólo me habían dicho mucho antes qué fecha era, pero sin confirmar su entrega. Viendo que pasaban días y días y sin noticias, yo fui desanimándome. Por otra parte un familiar mío me aconsejó también, y por fin decidimos lo que habíamos de hacer, puesto que el asunto era grave: esperar algún tiempo más, y después llevar toda la documentación que tenemos, y además unas pruebas de mucha importancia, a un Ministerio, y decirlo todo a las autoridades. En el caso de que ellas todavía no lo sepan a estas fechas. También dijimos de borrar antes, de las copias de los documentos, los nombres de todos ustedes, y romper las listas para no comprometer a nadie en este asunto. Y luego, si las autoridades nos lo permitían, dijimos de publicar un libro explicando todo a la Nación. También discutimos si era mejor romper el secreto antes, y convocar a una reunión con los interesados, pero eso chocaba con dos cosas, pues ya en una ocasión, junto con un Catedrático de Madrid que los conoce, dijimos de hacer la susodicha reunión, y luego hubo un disgusto serio con los señores de UMMO, que me dijeron lo grave que resultaría desobedecer el único favor que nos pedían, que era el secreto. Además parece ser que muchos de ustedes, los que recibían sus documentos, les dijeron que a toda costa no querían que nadie se enterase, unos por miedo a hacer el ridículo, y otros por otras cuestiones. Pero está claro ahora que no podemos seguir así en ese secreto toda la vida, y lo que planteábamos es que ellos, si se marcharon de verdad para siempre, ya no haya obligación de obedecer, pues a ellos en nada les perjudicaría dar la noticia, que era el escrúpulo que tenía yo, y no sólo porque ellos se hayan portado bien conmigo, pues aunque no hubiera sido así se hubiera respetado su voluntad, pues sólo la bondad que mostraban era para merecerlo. Todo esto es lo que pensábamos hacer, pero a mi vuelta de Andalucía, donde he tenido que estar unos meses, fui a ver el otro día, con mi cuñado, a un señor, para ponernos de acuerdo.

Este señor es posible que usted lo conozca, pues yo sé que a varios de ustedes él les ha escrito cartas últimamente sobre este asunto. De modo que, si ya sabe su opinión, es justo que escuchen ahora la mía, pues yo creo que él debió, antes de escribirles, advertírmelo, puesto que hablaba de mí, y más sabiendo que, por lo reservado de este asunto, yo no puedo defenderle en lo que no estoy de acuerdo. Este señor conoció a los de UMMO después que yo. Le escogieron a él en una época en la que eran tantas las cosas que dictaban que yo, que no tengo mucha velocidad en máquina, no dábamos abasto, a pesar de que dejé el trabajo mio. Al principio yo sabía que había otro que les escribía, pero no me dijeron el nombre, cosa natural por el secreto que ellos llevaban en todo esto, ni yo se lo pregunté a ellos. Pero un día vino con un señor de UMMO que había llegado por entonces a España desde América, y me lo presentó. Me pareció un hombre muy tímido y muy callado. Desde entonces, o yo iba a su casa, o él venía a la mía a traerme documentos escritos, pues yo era el que tenía que remitirlos, y con eso no quiero decir que se fiasen más de mí que de él. Este señor parecía como si le asustase mucho todo aquello, pues al principio no quería hablar demasiado, y yo creo que en realidad no acababa de creer que esos señores fueran de otro planeta, pero él no debía de atreverse a decirlo delante de mí, pues yo por entonces siempre estaba entusiasmado y hablando siempre bien de ellos, lo cual es natural. Además que yo comprendo que si le pagaban bien a él, le debía convenir callar, y hacer como quien dice la vista gorda. En cierta ocasión ellos se habían ido fuera de Madrid, yo creo que también fuera de España, pues por los informes que luego me dictaron me di cuenta. Entonces habíamos planeado hacer una reunión para tratar de hacer algo y ponernos de acuerdo, pues el asunto desde luego era grave, y él ya conocía nombres de personas, y yo también tenía la lista de varios que eran también corresponsales de ellos. Así que llegamos a estar de acuerdo, y contábamos con un Médico muy importante y que es también profesor y que conoció a los de UMMO. Yo incluso se lo presenté al Doctor, que era el que más animado estaba para organizar la reunión que le digo, invitando a las personas más importantes, e inclusive él mecanografió varias copias de la carta que este Doctor . . . escribió invitando a todos para ponerse de acuerdo. Sin embargo, desde que habló con este señor Profesor, yo no sé lo que le diría, pero cambio mucho, y se lo noté enseguida cuando hablé con él. Entonces fue cuando me lo dijo claramente, que no creía que los señores de UMMO fueran de verdad de ese planeta ni de ningún otro. Entre esto, que a mí me supo mal, y que, cuando ellos regresaron, encima me echaron una reprimenda, por haber organizado aquello y haber escrito ciertas cartas, y por haberlo presentado al Catedrático sin permiso, yo tuve que dejar de visitarle, y él también a mí por orden de ellos, y a lo más me llamaba por teléfono cuando tenía que mandarme trabajos a máquina, para yo mandarlos a los corresponsales.

Pero como de eso pasó mucho tiempo, y yo estos meses he estado dándole vueltas al asunto, y dos veces que le llamé él parecía escurrir el bulto, pues siempre decía su hija que no estaba, pero de una manera que no era natural, el otro día como digo fui a visitarlo, a pesar de la orden de ellos. Empezó por echarme en cara que yo no había cumplido con el secreto que ellos pedían, o sea, que tanto sonreirme como burlándose cuando meses antes hablábamos de UMMO, y ahora haciéndose el ofendido, y todo porque le dije que habíamos hablado mi cuñado y yo con el Director de una Editorial. Eso no es justo, pues no sólo ese señor, que es conocido de un familiar mio, de toda confianza, sino que yo supe lo que podía decirle y lo que podía callarme. Además ellos se marcharon sin decirme lo que tenía que hacer si no volvían, así es que la cosa moral yo no hice nada mal. Entonces, cuando le digo esto, me dejó helado cuando con retintín me dice: "¿Y cómo sabe usted que se han ido?". Luego nos contó a mi cuñado y a mí que la tarde en la que se fueron él estuvo con su familia a pocos kilómetros de donde se embarcaron, y que estuvo para hacerles un servicio, y que vieron perfectamente el despliegue del aparato, y que él tenía ya pruebas de que todo era cierto, y me dijo otra cosa, que tanto ofenderse por lo que yo haya hecho, y aquello es mucho peor, aunque sea movido por el entusiasmo que ahora tiene por ellos. Así es que yo no he tirado la primera piedra, y es que él, sin darse a conocer, informó a otros, cuando bien sabe este señor que una de las cosas que más recomendaban es que ninguno de los dos debía hablar del asunto más que con los que ellos permitían.